

—No es posible en este momento; yo tengo varios preparativos que hacer en la casa; pero mi marido os acompañará.

Pocos instantes después, Susana salía para ir al cementerio de Montmartre, acompañada del señor Petithomme.

En cuanto la niña salió de la casa, Jorge que no había podido hablar aún secretamente á Cesarina, se le reunió y dijo:

—¿Dónde está mi hermano? ¿Por qué no le he encontrado al llegar? ¿No ha obtenido el indulto como me hacía suponer?

—Sí, pero no le pondrán en libertad hasta mañana: inmediatamente vendrá aquí.

—Y le permitirán vivir en París? ¿No quedará sujeto á la vigilancia de la Autoridad?

—Nada temáis, vivirá tranquilamente en París.

—¡Ah! ¿Qué dichoso soy! ¡Al fin concluye su martirio!

—¡Ha sido largo!—dijo Cesarina con voz seca y clavando en él una mirada penetrante.

## XV

La señora Petithomme, como ya sabemos, había adivinado el secreto que existía entre Jorge y Luciano. Sospechaba el crimen del primero y el sacrificio del segundo; pero había jurado á Luciano callar, y cuando Jorge de Bussine iba á volver á Francia, Luciano exigió á los dos esposos que no dejarían escapar una frase que hiciera conocer á su hermano que eran dueños de su secreto. Por un exceso de delicadeza, capaz solo de

su gran corazón, Luciano no quería que su hermano tuviera que sonrojarse delante de nadie.

Esclava de la palabra empeñada, Cesarina no diría á Jorge:—Vos sois el culpable, vuestro hermano se ha sacrificado por vos;—pero en cambio se proponía exponer ó los ojos de aquel criminal todos los tormentos de su víctima, todo lo que por el había pasado un inocente.

Jorge, ignorando esta disposición de ánimo de Cesarina, le preguntó cuánto tiempo hacía que no había visto á su hermano.

—Le he visto ayer,—dijo con acento breve.

—En Melun, ¿no es verdad? Esta mañana el tren que nos ha traído de Marsella, se detuvo en aquella estación, y un no sé qué me dijo, que al otro lado del río, tras de aquellos altos muros, sufría mi hermano.

—No os habéis engañado: en Melun ha pasado tres años y está todavía.

Después de una pausa, exclamó Jorge:

—¿Y le habéis visto ayer en el locutorio, sin duda?

—No, por cierto; he hablado particularmente con él; el director nos conoce hace tiempo y nos ha otorgado este favor.

—Comprendo: no habéis abandonado á mi hermano en estos tres años; ¿habéis ido á verle, le habéis consolado en su prisión?

—Más de lo que os figuráis. ¿Creéis que somos sólo capaces de ir á hacerle una visita cada dos ó tres meses? No por cierto; hemos vivido con él en Melun durante los tres años.

—¿Cómo? ¿habéis vivido con él? ¡oh! gracias, gracias.

—No, no las déis antes de saberlo todo: no es precisamente en la cárcel donde hemos vivido, sino en la ciudad es donde nos llamaban nuestros intereses.



—¿Nuestros intereses?

—Sí, señor. Un día me dijo Cornelio: ¿has advertido, Cesarina, que en vez de ganar dinero en la Bolsa le perdemos desde que nos faltan los consejos del señor Leconte?—Tienes razón: es preciso detenernos y esperar.—Sí, pero entretanto, tengo necesidad de buscar un destino.—¿Un destino?—Sí, quiero ser contratista.—¿Y qué es eso?—El que en una prisión se encarga de hacer ejecutar por los presos ciertos trabajos.—¿Y se puede ganar dinero?—Mucho.—Pero será preciso que haya alguna contrata.—He averiguado que está vacante la de maestro cesterero de Melun, y he trabajado á ese oficio cuando joven...—¿Había adivinado á mi marido! Buscaba el medio de acercarse al señor Luciano, y le di un abrazo cariñoso en recompensa de su buena idea. En breve empezamos nuestras pesquisas, y cumplidas las formalidades de costumbre y mediante una buena fianza, hemos sido instalados en el taller de cestería de Melun, es decir, exagero, porque las mujeres no entran en los talleres; pero con pretexto de ver á mi marido, de darle un recado, de pedirle una nota, estoy hace tres años en comunicación con el Director, los Inspectores, los Vigilantes; soy una especie de auxiliar de la Central, y de este modo consigo ver á vuestro hermano en el mismo taller, favor concedido sólo á los que observan una buena conducta.

—¡Ah! ¿y por él os habéis fijado en Melun?

—Era nuestro deber. ¿Cuándo pienso que no le hubieran preso, que no le hubieran condenado si le hubiésemos dado los cien mil francos que nos pedía!...

—¡Ah! os pidió...

—Sí, tal. Cuando se apercibió de... de que le habían robado su caja, quiso cubrir el déficit, y

se dirigió á nosotros y... ¡miserables avaros! le dejamos salir con las manos vacías. ¡Oh! ¡cuánto nos ha pesado!

Y al hablar así, Cesarina gesticulaba con vehemencia.

—¡Por eso, comprendiendo nuestra culpa, hemos querido serle útiles! ¡Nuestro corazón se oprimió al encontrarle rapado, flaco, con el traje de presidiario, encerrado entre barras de hierro!... ¡Ah! Desde aquel día, nuestro afán ha sido mejorar en lo posible su suerte. Todas las cartas que habéis recibido en los tres años, se las daba á mi marido; éste me las trasladaba por la noche, en nuestra casa de la plaza de Nuestra Señora, y nuestras veladas transcurrían, diciendo:—¿Qué te ha dicho hoy? ¿Qué ha hecho?—Que vayamos al cementerio, que renueves las flores de la sepultura, y que le compres papel para escribir.—¡Ah! ¡qué buen corazón tenéis!

—¡Dejadme en paz!—repuso Cesarina bruscamente;—del suyo es del que hay que hablar. ¡Si todos los hombres tuvieran un corazón semejante, el mundo estaría hecho una balsa de aceite! Cornelio es muy bueno, pero no le llega á la suela de su zapato, y eso que desde que vive en compañía de vuestro hermano se ha hecho mejor, mucho mejor.

—Y mi hermano, ¿ha cambiado mucho?

—¡Que si ha cambiado! No le conoceréis. Y á propósito: es preciso prevenir á la señorita Susana; le diremos que en vuestra ausencia ha tenido una gran enfermedad, porque, sino, se asombraría al verlo sin barba y sin cabello, flaco como un esqueleto; ya se ve, el régimen de los presidios no es muy confortable, y luego los pesares; en fin, está desconocido.



## XVI

Si la señora Petithomme tenía cierto placer en exagerar las privaciones de Luciano, Jorge, por su parte, tenía ansiedad por conocer hasta los más pequeños detalles de su vida.

Los espíritus fuertes tienen bastante con decirse á sí mismos: — El deber está allí; — pero los débiles tienen necesidad de fortalecerse con el apoyo de los demás, con los ejemplos de los otros; por eso Jorge no perdonaba ningún detalle, y quería fortalecerse, conociendo en toda su extensión el sacrificio de su hermano.

— ¡Cómo! — dijo; — ¿no ha bebido vino en tres años?... Yo creía que los presos cuando trabajaban...

— En los presidios, los que están encargados de ciertos trabajos, tienen derecho á una ración de vino; en las Casas Centralés no se les deja probar; éstas continúan estacionadas en su antiguo régimen. ¡Ah! ¡si todos los legisladores conocieran tan bien como yo las casas de que me ocupo!... pero no han pasado como mi marido catorce horas diarias, encerrado con los presos. ¡Si hubiera sido capaz de un mal pensamiento, la vista de todo aquello le hubiera contenido! En cuanto á vuestro hermano, si él hubiera querido... ¡Si, señor, sí, tendríamos más de cien kilos de tabaco sobre la conciencia! En fin, preguntadle á mi marido, y os dirá cosas que no se ha atrevido á decirme á mí. ¡Ah! no podéis figuraros todo lo que un Director obtendría de un preso, diciéndole: *Has faltado á la disciplina, te privo ocho*

*días de tabaco; ó por el contrario: Te has portado bien: toma en recompensa un par de cigarros. Y ved que no es un fumador el que así os habla, sino una mujer, que ha visto, que ha observado. ¡Ah! cuánto se podría obtener de los detenidos con recompensas sabiamente ordenadas.*

Esta vez, Cesarina se detuvo; había hablado tan de prisa, con tanto fuego, que le faltaba la respiración; había hecho una larga disertación sobre la suerte de los detenidos, más bien que de Luciano.

Estos pormenores de la vida de los prisioneros parecen pueriles la mayor parte de las veces, pero para Jorge no lo eran; al escuchar á Cesarina, recordaba que su hermano había sido gran fumador, habiéndole oído decir más de una vez: *Prefiero una modesta comida, con buen cigarro á los postres, más que una comida espléndida, sin cigarro para concluir.* Este recuerdo exageraba á sus ojos todos los sufrimientos de su hermano.

— ¿Y no habéis dado á mi hermano medios de fumar?

— ¡No por cierto! ¿Acaso vuestro hermano es de los que hacen nada que esté prohibido?... En tres años no ha faltado al reglamento ni se ha hecho culpable de la menor falta... Es decir, me equivoco, ha faltado sólo en escribiros á hurtadillas, y puedo aseguraros que esto no le causaba remordimiento; era su única alegría. Pero no se ha permitido fumar, no ha sido posible convencerle; y no era por temor al castigo por lo que vuestro hermano observaba el reglamento; he creído comprender que obedecía á un sentimiento más elevado, más noble.

— ¿A cuál?

Adelantóse Cesarina hasta mirar de frente á Jorge, y exclamó:

— He creído siempre que expiaba la falta de



otro, y quería expiarla con todo rigor, para que el verdadero culpable quedase limpio de toda mancha.

## XVII

Estas palabras, y el tono con que fueron pronunciadas, hicieron comprender á Jorge que aquella mujer conocía el secreto; pero no se dió por entendido, y acercándose á su vez á Cesarina, exclamó:

—Habladme de mi hermano, contadme su vida por momentos.

—Corriente; os narraré al *acusado* Lecomte,—y acentuó la palabra *acusado*,—desde el momento en que salió del depósito de sentenciados en París para vestir el traje de presidiario en Melun. Mi marido estaba instalado en los talleres hacía ocho días, cuando me dijo que se aguardaba un convoy de rematados, y entonces empecé á pasearme por el muelle, entre el río y los muros de la cárcel, porque quería ver á vuestro hermano en cuanto llegara, y hacerme ver de él, para que tuviese valor y resignación, y se convenciera de que no le abandonábamos en la desgracia. Por fin apareció el coche; yo me deslicé detrás de él en el patio; ya me conocían como mujer de un empleado de la casa. Vuestro hermano bajó, me reconoció, y la sonrisa que animó su rostro, recompensó mi larga estancia en el muelle. Se le dejó en el sitio llamado *El Cerrojo*, donde el jefe de la casa recibe á los sentenciados, y después pasó á un departamento, donde le pusieron el uniforme, colocándole un pedazo de lienzo cosido en el chaque-

tón, con el número 573... Recordad estos tres números; ¿no os darán la suerte si los jugáis á la lotería?

Jorge no respondió, y aquella mujer implacable continuaba:

—Tuvo después que sufrir el reconocimiento del Médico, y luego debió á la suerte, que el Director de la casa, á quien había sido recomendado, quisiera mejorar su posición: le llamó y le dijo:—Tenéis buenos antecedentes; en el taller de cestería me piden un individuo que sepa contabilidad para que lleve cuenta de los trabajos y gastos del taller, iréis vos.—Y de este modo fue al obrador, donde mi marido era jefe, y añadió el Director de la casa:—Si vuestra conducta es tan buena como ha sido en la *Grande-Roquette*, y como lo afirman las personas que os recomiendan, procuraremos mejorar vuestra situación sin faltar al reglamento, porque un hombre de inteligencia como lo sois vos, debe comprender que en una casa como ésta no es posible faltar á la disciplina. Fue á parar á un taller, donde cincuenta sentenciados de toda edad, clase y condición, trabajaban á las órdenes de mi marido. Vuestro hermano se sintió intimidado á la vista de tantos hombres; pero mi marido, que ya le aguardaba, se adelantó, y como si no le conociera dijo:—¿Sois el número que he solicitado para llevar el registro de gastos? Venid á enteraros de vuestra obligación.—Y le condujo á un extremo de la sala, cerrada con verjas, donde pude estrechar su mano á escondidas.

Aquí se detuvo aquella excelente mujer y tomó aliento para proseguir.

—Desde aquel día,—dijo,—mi marido y él no se han separado. El primero, distribuye la obra, vigila los trabajos, y pasa largos ratos al lado del segundo, que lleva los libros. El silencio es obli-



gatorio en aquel recinto, pero á veces, fingiendo tomar apuntes ó notas, se sienta á la misma mesa y cambian algunas palabras, siendo de este modo su suerte más halagüeña que la de los demás presidiarios. Sin embargo, estas distinciones debían crearle otros peligros, y en efecto, no tardaron en despertar la animosidad de los demás presos, que no pueden perdonar á vuestro hermano, ni su distinción, ni sus maneras, ni los favores que ha merecido. Así, pues, le han declarado la guerra, le acusan sin cesar de faltas que no comete, gracias á que la conducta del señor Lecomte es tal, que fácilmente puede probar su inocencia. Pero os digo que es ya tiempo de que vuestro hermano salga de esa infame casa; si ha salido victorioso de las acusaciones de los miserables que le rodean, está siempre expuesto á que el más pérfido haga que merezca una nueva condena, ampliando el plazo que felizmente ha terminado ayer mañana; porque las formalidades de la casa han exigido que se detenga un día más, saldrá de allí y nosotros con él, porque nuestro contrato ha expirado ayer.

Quizás iba á dar más detalles Cesarina, cuando Susana entró, abrazando á la señora Petithomme, y exclamando:

—¡Ah! ¡qué bueno es mi tío y padre Luciano! ¡cómo ha sabido cuidar de nuestra querida tumba! ¡qué deseo tengo de abrazarle!

El día pasó para Susana y Jorge con la impaciencia natural de que llegase el día siguiente. Los Petithomme se volvieron á Melun y Cornelio entró en la prisión antes de que fuera la hora de dejar las labores, porque quería dar cuenta á Luciano de la llegada de los suyos.

## XVIII

Desde la víspera, como había dicho su mujer, el contrato del señor Petithomme con la administración de Melun había concluido; pero á nadie podía sorprender que el maestro que había estado al frente del taller tres años, tuviese alguna orden que dar.

La alta estatura de Cornelio le favorecía para cambiar algunas palabras con su protegido Luciano, sin que los demás lo sospecharan, porque se ponía de pie al lado de la mesa en que el otro escribía, y fingiendo tomar un papel ó buscar una carta, ú objeto cualquiera, interponía un verdadero muro entre los presidiarios y Luciano.

De este modo pudo decirle rápidamente y con voz apenas perceptible:

—Le he visto.

—¡Gracias! ¡gracias! os aguardaba. ¿Han venido bien?

—Sí, vuestro hermano, rejuvenecido. Susana, hecha una maravilla, no la conoceréis.

—Os equivocáis; la reconocería entre mil. Es la estrella que me alumbra desde hace mucho tiempo.

—Pues mañana veréis á vuestra estrella.

—¡Qué largo va á parecerme el tiempo!

Oyóse una discusión acalorada al otro extremo del taller, y Cornelio volvió la cabeza, lo que bastó para que se restableciera el silencio.

—¿Vuestros compañeros no os han jugado hoy ninguna mala partida?

—No: mis dos peores enemigos, Sagot y Bra-



zier, se han hecho ayer culpables de faltas que han ido á expiar á la sala de disciplina.

—Cuando salgan de ella ya no estaréis aquí.

Una campanada anunció que cesaban los trabajos, y Cornelio tuvo que separarse de Luciano después de estrechar su mano, y de haber convenido de que al día siguiente, en cuanto estuviese libre, se dirigiría á casa de sus amigos, vestiría las ropas que allí le tenían preparadas, y partiría inmediatamente hacia Paris.

Los dos presidiarios cuyos nombres acababa de pronunciar Luciano Leconte, eran del mismo grado de perversidad, aunque de condiciones distintas; el primero, Sagot, llamado el *Rey de los Cepillos*, era un rubio de veinte años, de rostro agraciado, que sufría ya la tercera condena. En sus varios períodos de libertad ejercía el oficio de ebanista, y decían que con habilidad; pero de los talleres de este ramo que había en el penal, había sido despedido por todos los maestros, que se quejaban de su holgazanería y su inmoralidad, que relajaba la disciplina.

Brazier era un Notario de provincia, enviado á presidio por falsificación y abuso de confianza, y al ver aquel hombre mezquino, bilioso, de mirada oblicua, se adivinaba que era incapaz de un acto de violencia, pero sí de cualquier embozada traición, comprendiéndose el odio que Luciano Leconte debía inspirarle, y era tanto más peligroso cuanto que se decía que había ocultado el *gato*, antes de ser juzgado, y prometía una buena parte á sus compañeros en cuanto se viera libre, con lo cual compraba fácilmente sus conciencias.

Nada más siniestro y lúgubre que la sala de disciplina, donde se hallaba en aquel momento Sagot y Brazier, que paseaban juntos, sosteniendo el siguiente diálogo:

—¿Sabes que Leconte nos deja mañana?

—Sí,—dijo el ex notario sin volver el cuerpo,— y que no hayas imaginado nada para detenerlo!

—Eso tú que eres más listo.

—Ya he inventado algo, pero ha sido probada su inocencia y mañana saldrá bonitamente.

—Uno, dos,—dijo en aquel momento el vigilante.

Pero Brazier y Sagot, sin dejar de marcar el paso, continuaron su conversación.

—Ya sabes que le odio,—decía el ex notario,— hace tres años yo estaba en la *Grande-Roquette*; iba á ser empleado en la biblioteca, pero cuando él llegó, le dieron mi plaza; aquí me iban á nombrar capataz y también me desbancó; he pedido se me rebaje parte del tiempo, también me lo han negado, mientras se lo conceden á él. No sé qué daría porque continuase con nosotros.

—Mejor sería que dijeras lo que das.

—¿Por qué?

—Porque si lo supieras y me lo dijeras, con la esperanza de alcanzarlo aguzaríais el entendimiento.

—Pues bien, si logras detenerle, partiré contigo el tabaco que he recibido ayer.

—¿Has recibido escogido y mucho?

—Un kilogramo de cada especie.

Estas palabras produjeron tal efecto en Sagot, que se detuvo; pero el vigilante seguía diciendo: —Uno, dos; uno, dos—y tuvo que seguir su movimiento automático.

—Escucha,—dijo después de un instante;— desde la partida de mi amigo Clopied, el maestro de escuela que no me dejaba carecer de nada, no he vuelto á chupar ni una colilla, y soy capaz de todo por procurarme ese placer; si mañana vuelvo al trabajo, buscaré algo, pero era necesario un buen negocio, del que no se escapara.



—Trata de hacerle coger con las manos en la masa, y te daré, no la mitad del tabaco, sino todo, ¿lo entiendes? ¡todo!

Los diez minutos habían corrido: el vigilante ordenaba el reposo, y los dos presidiarios fueron á tomar asiento en la piedra separada y en la posición reglamental.

La última noche que Luciano Lecomte pasaba en la Casa Central, debía ser noche de insomnio, porque la alegría de verse libre, la impaciencia por abrazar á su querida Susana, alejaban el sueño de sus ojos.

A las cinco la campana despertó á los presidiarios, y al punto empezó para Lecomte su vida matemáticamente arreglada: bajar de los dormitorios, distribución del pan por ración, pequeño paseo en los patios, entrada en los talleres, comida, nuevo paseo y entrada otra vez en los talleres hasta la noche.

Luciano, sentado detrás de la verja, contaba los minutos que aún le quedaban por pasar en aquella casa, y el tiempo le parecía tanto más largo, cuanto que el señor Petithomme no debía ir sino muy entrado el día, acompañado de su sucesor.

En cambio, el detenido Sagot apareció entre los otros presos, ocupó su sitio habitual muy cerca de la verja, detrás de la que estaba Luciano.

A las diez y media un Vigilante fue á buscar á Lecomte, y le dijo:

—Seguidme, el señor Director os llama.

Jamás un preso obedeció orden con mayor placer. Luciano juzgó que le llamaban para leerle la orden de libertad, y hacerle encaminar al Registro para llenar las formalidades de salida.

Pocos instantes después penetraba en una habitación situada á la entrada de la casa en el

piso principal y cuya ventana daba al Sena: era el despacho del Director, el cual, al apercebirle, exclamó de esta suerte:

—¿Es posible, Lecomte, que después de todas las atenciones que he tenido con vos, de haber intervenido para que os rebajasen la pena, me creéis disgustos en el Ministerio?

—Yo, señor.

—Vos; escribiendo inconveniencias en los periódicos.

—¿Yo escribir en los periódicos? No tengo esa habilidad, señor.

—No lo neguéis; del mismo Ministerio me envían un periódico que trae un artículo con vuestra firma; ved, *Luciano Lecomte, preso en el penal de Melun*. El director del periódico ha creído que un artículo firmado por un testigo ocular excitaría la curiosidad, y se ha apresurado á publicarlo.

Luciano iba á protestar, y el Director prosiguió:

—No es sólo eso; sino que, para escribirle, habéis cometido un abuso de confianza: la mayor parte de estas ideas están tomadas de una *Memoria* que yo pensaba dirigir al Ministerio, que la tenía aquí, sobre la mesa, el otro día cuando venistéis á ayudarme en un trabajo de contabilidad.

—Señor Director, os juro...

—Todo esto no es malo, —dijo el Director soltando el periódico sobre la mesa;— ¿pero apropiaros mis trabajos, mis ideas, poner vuestra firma al pie de un estudio mío, y luego, ser un preso que escribe en los periódicos? ¿os parece que puede ser tolerado por la ley? Ya me explico cómo no me han enviado vuestro indulto, á pesar de las promesas que me habían hecho.

—¿Cómo! —murmuró Luciano palideciendo;— ¿mi indulto no está aún firmado?



—Así lo creo, puesto que no me le ha traído el correo de esta mañana.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El Director tuvo piedad de aquel hombre, por el que había sentido siempre verdadera simpatía, y que había observado durante tres años una conducta ejemplar.

—Vamos, —le dijo, — acaso no esté todo perdido; yo trataré de probar que no habéis comprendido la gravedad de vuestra falta; pero decidme con franqueza: ¿cómo este artículo ha podido salir de la casa y llegar á un periódico de París?

Luciano levantó la cabeza, y dijo con voz firme y enérgica:

—Os juro, señor, que no he enviado artículo á ningún periódico; soy víctima de una perfidia, de una venganza.

—¡Ah! —dijo el Director casi convencido por aquella franca exclamación.

—Sí, una perfidia, y os convenceréis si queréis escuchar un instante: ¿cómo suponer que cometiera una falta cuando esperaba ser indultado? ¿cómo poner mi nombre y apellido al pie de una escandalosa usurpación?

—Y al hablar de venganzas, ¿de quién sospecháis?

Luciano guardó silencio.

—¿Por qué no contestáis?

—Porque me cuesta mucho responder que desde hace tres años me están haciendo mucho daño, sin que yo me queje de nadie.

—Pues hoy no se trata sólo de vos, se trata de mí; si no pruebo vuestra inocencia, se me reprochará en el Ministerio de haberme interesado por un detenido indigno de mi protección. Os mando, pues, nombrar la persona ó personas de quien sospecháis.

—Pues bien, señor; los que tratan siempre de lastimarme con sus manejos, son Sagot y Brazier.

—¿Brazier, el ex notario?

—El mismo.

Este nombre pareció sorprender al Director, y después de reflexionar un instante, hizo llamar á un Vigilante, y le dijo:

—¿Brazier no está en este momento en la sala de disciplina?

—Sí, señor.

—Pues bien; traedle á mi presencia.

## XIX

Pocos instantes después Brazier entraba en el despacho del Director.

—Acercáos, —dijo éste.

El ex notario dió dos pasos, pero oblicuamente, como si se deslizase, y bajo los anteojos, que se le habían autorizado á llevar, brillaban sus pequeños ojos, desprovistos de pestañas y ribeteapos de encarnado.

El Director le miró fijamente, y dijo:

—No es la primera vez que entráis en mi despacho: os hice llamar la semana anterior para deciros que no creía deber apoyar vuestra solicitud en demanda de indulto, y mientras os hablabá, vinieron á llamarme y tuve que salir á dar órdenes urgentes al Inspector. Os quedásteis solo, y aprovechásteis aquellos momentos para leer un manuscrito que había sobre la mesa, y quedaros en la memoria con algunos párrafos que habéis



enviado á un periódico de Paris, firmado por Lecomte.

—¡Yo! —dijo Brazier, fingiendo gran sorpresa.—¿Y con qué objeto hubiera hecho eso?

—Con el de dañar á Lecomte, á quien hace tres años atormentáis de continuo.

—Es él, él es el que á mí me hostiliza, —dijo Brazier con voz chillona y fijando una mirada furibunda en Lecomte.—¡Ah! señor Director, ¡yo no esperaba esto! ¡Si de los dos hay una víctima, de seguro no es él!

—¡Ah! —dijo Luciano.

—¡Silencio! —ordenó el Director.—¡Hablaréis cuando os interrogué!

Y dirigiéndose al antiguo Notario, prosiguió:

—Continuad. ¡Decís que sois la víctima! ¿De que os quejáis? ¿Qué daño os ha hecho?

—Todo el posible, —dijo Brazier animándose por grados, fingiendo indignación.—He tenido que sufrir durante tres años raterías de toda especie, malas notas en mis trabajos, delaciones al maestro, que es amigote suyo, y hoy, el castigo que estoy sufriendo en la sala de disciplina, es obra suya.

Se detuvo y miró al Director como para juzgar el efecto producido por sus palabras.

—Pues bien, —dijo el Director, —lo que acabáis de decirme, prueba que no me había engañado; vuestra animosidad contra Lecomte resulta clara en todo lo que decís. Vos sois quien le ha dañado á él.

—Escribiendo en los periódicos y firmando con su nombre; me acusa también de esto.

—No es él el que os acusa, soy yo.

—¿Tenéis pruebas de lo que decís, señor Director? ¡Quien os haya delatado esa falta, os habrá mostrado una copia de mi puño y letra!

—Eso nada significaría para mí, cuando estáis

aquí precisamente por haber imitado letra de otros; además, á quien hayáis confiado vuestro artículo, habrá sido con encargo de copiarle y rasgar el original.

—Pero, señor Director, ¿no es más sencillo creer que el artículo es de la persona que lo firma?

—Lecomte no podía cometer tal falta, cuando esperaba de un momento á otro ser indultado.

—Le esperaba, pero no le tenía; quizás ha concebido la idea de hacerse interesante con ese trabajo, de llamar la atención sobre sí iniciando mejoras para el sistema penitenciario.

—¿Cómo habláis de esas ideas emitidas en el artículo, si no le conocéis?

—Perdonad, señor Director, —dijo el preso sin turbarse; —vais á decirme que se trataba de una *Memoria* vuestra, y conociendo vuestra ilustración, me figuro que emitirá grandes cosas que prueben que para el cargo que desempeñáis tenéis reconocida aptitud.

El Director hizo un ademán de querer cortar al preso la palabra, pero éste continuó impertérrito.

—Hoy, Lecomte se apercibe de que su artículo en lugar de favorecerle le perjudica, y me le atribuye á mí; pero su invención no tiene fuerza. ¿Cómo puedo yo hacer salir de la casa ese artículo? Yo no estoy en buenas relaciones como él con los maestros de taller, con sus familias...

—Basta: lleváos á este hombre, —dijo el Director al Vigilante.

—¿Le vuelvo á la sala de disciplina?

—¿Desde cuándo está?

—Desde hace tres días.

—Volved, pues, al taller, pero os prevengo que á la primera falta no volveréis á la sala de disciplina, sino al calabozo.



—No las cometeré si Leconte se cansa de perseguirme.—Y al retirarse dijo á su compañero:—Vamos Leconte, ten compasión de un compañero de infortunio; por lo mismo que los dos somos personas de educación, nos debemos amistad; ya ves, un Notario y un Cajero.

El Vigilante cortó sus consideraciones, obligándole á andar.

El Director exclamó cuando hubo salido:

—Ese hombre no me ha inspirado nunca la menor confianza; le creo muy capaz de haberos jugado esa mala pasada, sin embargo de que se ha defendido hábilmente.

—Sí, demasiado.

—¡Ah! ¿Seguís acusándole? Ved que él os acusa también, y no sé á quien dar la razón.

—¡Oh! señor...

—Es indudable que vos estáis en buenas relaciones con el señor Petithomme, relaciones que ya me han sido delatadas, y podéis mejor que él hacer salir un escrito de la casa.

—Señor Director, os juro...

—Además él no estuvo en mi despacho más que algunos instantes, mientras que vos...

—Señor, señor, os juro que ignoraba la existencia de ese manuscrito. Un día me dijistéis que al tratarse de mí creíais en la paladra de un presidiario; si seguís creyendo en ella, señor, interceded por mí en el Ministerio. ¡Ah! es horroroso haber casi tocado la libertad, para volverla á perder.

—Tenéis razón; y como he sido yo quien os ha dado esas esperanzas, no quiero que se vean defraudadas. Mañana iré á Paris; explicaré lo ocurrido, y exigiré el cumplimiento de la palabra que me han dado.

—¡Gracias, señor, gracias! Si supieráis...

—¿Qué?

—¡La alegría que esperaba tener hoy! ¡Si supieráis quien me esperaba, quien va á llorar al no verme!...

—Vamos, vamos, ¡valor! Todo es cuestión de dos ó tres días.

—¡Dios os escuche, pero ya he perdido la esperanza! ¡Cuando se ha tocado el puerto, y...

No acabó, y á una señal del Director, un Vigilante le condujo de nuevo á su taller.

## XX

La primera idea de Brazier al volver al taller, fué buscar á Sagot, y le encontró sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el muro, y enfrente del escritorio donde debía sentarse Lecomte. Pidió labor y tomó asiento al lado de su compañero y amigo; mientras tomaba esta posición, le decía, aprovechando los instantes en que no observaba el Vigilante:

—El lazo que había tendido á Leconte, ha dado resultado, porque aún no tiene el indulto, y ¡Dios sabe si lo tendrá! No obstante, puede llegar de un momento á otro: si antes le pierdes, te doy, no sólo el tabaco, sino cinco mil francos cuando salgamos de aquí; ya sabes que una promesa de un camarada, es sagrada como un acta delante del Notario.

Pocos minutos después de la llegada de Brazier lo hizo Luciano Lecomte al taller, y ocupó su sitio habitual.

Acostumbrado hacía tiempo á las más rudas pruebas de la suerte, se reprochaba el instan-



te de abatimiento que acababa de tener; además, ¿su indulto no era cierto? ¿no se le ofrecía de nuevo el Director? ¿qué suponían tres ó cuatro días más de encierro para quien había pasado en él tres años! Pero Susana que le esperaba, ¿cómo interpretaría su ausencia? Esta era la idea que le atormentaba.

Afortunadamente, á cosa de las once, entró el señor Petithomme con el nuevo Contratista.

— ¡Cómo! — dijo al ver al escribiente. — ¿Todavía estáis aquí? ¿no habíais sido indultado?

— Ha habido un entorpecimiento que no puedo explicaros. Voy á escribir á Susana, para que os llevéis la carta; pero, ved, Sagot nos mira.

Mientras el señor Petithomme instruía al nuevo Contratista, Luciano escribió rápidamente lo siguiente:

*Mi querida niña: Asuntos imprevistos me detienen todavía lejos de tí; ten paciencia y confía que en breve te abrazaré, lo mismo que á tu padre. La señora Petithomme, á quien escribo para otros asuntos, te entregará esta carta.*

Pocos momentos después el señor Petithomme se le acercaba de nuevo para pedirle datos y deslizaba en su mano el papel que acababa de escribir; luego Cornelio se despedía del taller para siempre.

Desde su sitio Sagot y Brazier observaban todo lo que pasaba en la mesa donde estaba Luciano.

De pronto oyéronse gritos en la estancia inmediata, el Vigilante se dirigió hacia allí creyendo que se trataba de alguna de esas riñas que cesan con su intervención; pero la disputa era seria, algunos presidiarios, con los útiles del trabajo, se asestaban golpes de muerte.

El Vigilante, comprendiendo que no bastaba su presencia, pidió auxilio, y bien pronto toda la población penal se puso en movimiento.

Faltando al reglamento, todos los penados, ávidos siempre de cualquier espectáculo, abandonaron el trabajo para rodear á los combatientes.

El nuevo Contratista, ansioso de estudiar las costumbres de los detenidos, se separó de Luciano, que le estaba entregando notas, para marcharse con los presos.

El Vigilante, después de dar aviso por medio del teléfono, trató de separar á los combatientes, pero éstos, enfurecidos, se volvieron contra él, y éste, seriamente amenazado pidió auxilio.

Luciano le oyó, y dejando precipitadamente su asiento, corrió en ayuda de aquél desgraciado.

En aquel momento una docena de Vigilantes armados penetraron en el taller, y un minuto les bastó para librar á su compañero.

El orden se restableció, como por milagro; cada preso volvió á su trabajo, y los dos combatientes fueron á parar al calabozo.

El Contratista volvió á la mesa acompañado de Luciano, que se le había reunido en medio del alboroto.

Quiso reanudar su trabajo; buscó la cartera en que estaba tomando notas; no la encontró encima de la mesa; registró todos sus bolsillos, y entonces recordó que sorprendido por la disputa, la dejó sobre la mesa.

— ¿Qué habéis hecho de mi cartera? — dijo á Luciano.

— ¿Qué cartera? — preguntó éste.

— La en que tomaba notas hace un instante.

— Ignoro lo que ha sido de ella, señor.

— ¿Cómo que lo ignoráis? Os habéis quedado solo; no habéis ido al sitio de la disputa, sino algunos minutos después...

— Es verdad; pero no me he fijado; mi atención estaba en la disputa.



—Pues es preciso que la cartera parezca,— dijo el Contratista alzando la voz.—Contenía diez mil francos, que debía llevar hoy á Paris para compras importantes.

Todos los presos prestaban atención: éste era un nuevo incidente que entretenía su monótona existencia.

Sagot y Brazier que eran los únicos que parecían no fijarse en lo que pasaba, seguían trenzando mimbres como trabajadores prudentes. Luciano en tanto aparecía aterrado; su instinto le anunciaba que aquello era un peligro más terrible que los otros.

En este momento se presentó el Director, á quien le habían dado ya parte de la reyerta que acababa de tener lugar, y dijo al entrar:

—Todos los penados de este taller quedan privados de cantina durante una semana, por haber dejado su sitio para presenciar una riña; en cuanto á los que han tomado parte en el alboroto, me ocuparé de ellos particularmente.

Nadie respondió; la efervescencia había pasado y se les preparaba ya otro incidente. En efecto, el nuevo Contratista acababa de acercarse al Director, y le decía algunas frases en voz baja.

—¡Cómo!—repuso el Director;—¿decís que el encargado de la contabilidad es el único que se ha quedado aquí?

—Sí, señor; todos han acudido al sitio de la cuestión menos él.

—¿Y estáis seguro de que se quedó aquí la cartera?

—Sí, seguro.

El Director llamó á uno de los Vigilantes que no habían tomado parte en el alboroto, y le dijo:

—¿Alguno de los detenidos ha salido de la sala durante la reyerta?

—No, señor, ninguno; sólo cuando ha concluido han salido los contendientes.

—Está bien; que bajo ningún pretexto salga nadie. ¿Cuántos estáis aquí para vigilar este taller?

—Tres, señor.

—Está bien; guardad la puerta.

Volvió al centro del taller, y dijo á Luciano Lecomte:

—¿Sabéis de qué se trata? Se ha formulado contra vos una nueva acusación.

—¿Otra más?

—Y grave. Había una cartera sobre esta mesa; no se ha quedado nadie aquí más que vos; vuelven dentro de un instante, y la cartera ha desaparecido.

—Yo también he dejado un momento mi sitio; todos lo han visto.

—Pero después de haber tenido bastante tiempo para hacer desaparecer la cartera,—dijo el nuevo Contratista.

—¿Y por qué habéis dejado vuestro puesto?—exclamó el Director.

—El Vigilante se veía amenazado y pedía socorro.

—¿Y sostenéis que no habéis tocado la cartera?

—Lo sostengo.

—Entonces, por vuestro propio interés, se va á proceder á registraros y se reconocerá minuciosamente el escritorio.—Y dirigiéndose á uno de los Vigilantes, exclamó:—Llevaos al detenido, y que se proceda á un escrupuloso registro en todas sus ropas.

Al mismo tiempo que Luciano se alejaba, la mirada de éste cayó sobre Brazier y Sagot, y algo vió en ellos que le obligó á detenerse.



## XXI

—¿Qué miráis?— preguntó el Director á Luciano.—¿Tenéis algo que decir en vuestra defensa?

—Sí, señor; en el momento de salir me ha ocurrido que alguna otra persona ha podido aprovechar el tumulto que reinaba en la sala para acercarse á esta mesa.

—¿De quién sospecháis?

—De Sagot y de Brazier.

El primero levantó la cabeza, pintándose en su rostro el más profundo asombro; el segundo, parecía poseído de la más tremenda indignación.

—¡Ah! bien os había yo dicho, señor,— exclamó;— apenas he salido de la sala de corrección, y ya quiere hacerme volver á ella.

—¡Silencio!— dijo el Director.— Si no sois culpable, pronto podréis probar vuestra inocencia, dejándoos registrar.

—Que me registren, señor, que me registren; no deseo otra cosa.

—¡A mí también!— exclamó Sagot con vehemencia.

El Director había dado la orden en voz baja de que registraran á Luciano, siempre interesado por aquel preso, que era persona educada. Después de su partida, dió orden de registrar igualmente á los otros, y en vano; ninguno de los tres registros dió por resultado el descubrimiento de de la cartera; pero como todo el mundo sabe que un objeto robado puede ser transmitido de mano en mano, se procedió igualmente al registro de

los presos de la sala; ¡en vano! Entonces se hizo desalojar el taller, pasando los detenidos uno á uno entre los Vigilantes que los reconocían, y cuando estuvieron todos fuera, procedióse á una minuciosa inspección en toda la estancia.

La mesa en que escribía Lecomte, fué sobre todo, escrupulosamente reconocida, y el Director, sin apartarse del taller, dirigía la requisa, manifestando gran empeño en que pareciese la cartera. Era para él grave responsabilidad el que se dijese que dentro de la casa se había operado sustracción semejante.

El Vigilante vino á decir que nada se había encontrado encima á Lecomte, y que éste seguiría protestando de su inocencia; pero el Director mandó que se le pusiera en la celda, y que se tuviera cuidado en que no se comunicasen los acusados unos con otros.

Dadas estas órdenes, el Director volvió á su despacho y se apresuró á dar parte al Juzgado del importante robo que se había cometido en el establecimiento.

Estando ausente de su Despacho, el Procurador de la República cuando se recibió el aviso, el suplente se personó inmediatamente en la Casa de Corrección. Este era un joven deseoso de adquirir fama, y haciéndose conducir al calabozo donde se había encerrado á Lecomte, empezó por hostigar al detenido.

Este desgraciado, que no esperaba tan brusco interrogatorio, al ver abrir su celda, creyó, por el contrario, que aclarado el hecho, iban á ponerlo en libertad, cuando el joven magistrado le hizo saber, que no habiéndose encontrado el cuerpo del delito, era inútil que se obstinase en disimularlo.

Luciano se indignó, precisamente cuando la moderación y la calma le eran más necesarias.



Si en su primera acusación había sido sumiso por salvar á un hermano querido, ahora se defendía con toda la energía de un corazón largo tiempo lacerado.

El joven Magistrado salió de allí creyendo que se le faltaba en la dignidad de su cargo, y se dirigió muy poco satisfecho al despacho del Director, donde hizo venir á algunos detenidos del taller de cestería.

Brazier y Sagot comparecieron los primeros, jurando que nada habían visto, que nada sabían; protestaron de las palabras del preso, diciendo que ellos no tenían por qué quererle mal, siendo así que, por el contrario, siempre estaban sufriendo sus vejaciones.

El Juez tomó aquella falsedad por inocencia, y juzgó á los acusados dignos del mayor interés; otros testigos fueron interrogados, y sólo uno, al que sin duda Brazier había dado ya su lección, dió á entender que no se había registrado bien el escritorio de Leconte, que ¡quién sabe si tenía *plancha!*

## XXII

El Director asistió al interrogatorio, y se apresuró á explicar al Juez lo que en el *caló* de las prisiones significa *plancha*, que son los escondites donde los presos ocultan los objetos que quieren sustraer á los Vigilantes.

—¡Es posible!—dijo el joven Magistrado; ¿y no se han reconocido esos escondites?

—Haré observar al señor Magistrado, que si los conociéramos, no existirían.

—Es verdad. Pues es preciso buscarlos, descubrirlos. Este preso da á entender que Leconte puede tener un escondite en la misma mesa en que trabaja.

—Por desgracia,—dijo el Director,—hemos registrado inútilmente toda la mesa.

—Pues es preciso volver á reconocerla: levantad hasta las tablas del pavimento.

—Señor, el pavimento de esta casa no es de tablas, sino de ladrillos, y se han examinado todos los que parecían desunidos ó removidos recientemente.

—Pues es preciso buscar la *plancha* que, según ese detenido, tiene Leconte.

—Eso deseo, pero ni mis Vigilantes ni yo sabemos donde buscarla: se han abierto los cajones, se han registrado todos los paquetes, los libros...

—¿Nada más?

—¿Qué más queréis que hiciera, señor Magistrado.

—Destruir la mesa entera.

—Estoy pronto, señor; pero será dándome vos una orden firmada, con la cual yo salve mi responsabilidad ante el Ministerio, porque me pedirán cuentas por haber destruído el mobiliario...

—Se os dará esa orden,—dijo con cierta solemnidad.—Toda cuestión de economía desaparece ante la rectitud de la ley.

Inmediatamente se dirigieron hacia el taller, y comenzó la destrucción de la mesa bajo la dirección del Magistrado, sin dar resultado alguno: desmontaron después los sillones unidos al escritorio, y los secretos que esperaban encontrar, no parecieron.

A pesar de la calma que quería imponerse el Magistrado, su agitación era visible. Si después de todas estas órdenes de destrucción no se encontraba *plancha* ni escondite, el personal de la